

Salud para todos: ¿una quimera?

Andrés Cañizález



Hace una década, en la revista *SIC* correspondiente al número 597, de agosto de 1997, el editorial y varios artículos daban cuenta del sector salud en Venezuela. Era un momento propicio para repasar los compromisos adquiridos por nuestro país en la Conferencia Mundial de Alma Ata, en 1978, en aras de alcanzar la meta de “salud para todos en el año 2000”. Obviamente tal meta no sólo no se alcanzó, sino que a mediados de la década pasada la crisis sanitaria fue evidente con el resurgimiento notorio de enfermedades endémicas como la malaria y el dengue que estaban casi desaparecidas. La revista daba cuenta de que se estaba produciendo en el país un cóctel propicio para dicho retroceso: crecimiento de la pobreza, desatención de los controles sanitarios y un sistema de salud centralizado y cuyo presupuesto lo absorbía el pago de la nómina, amén de estar orientado a la salud curativa, con una fuerte desatención en la salud preventiva.

Como en muchas otras áreas, en salud el país registró un mejoramiento sostenido durante varias décadas, con un punto de quiebre en la década de los 80. Al revisar las estadísticas públicas hasta 1995, *SIC* planteaba la urgente reorientación del sector salud para hacerlo descentralizado, con una inversión estatal creciente y volcado a la prevención. Para aquel momento el 85 por ciento del presupuesto lo representaban el Ministerio de Sanidad y Asistencia Social (MSAS) y el Instituto Venezolano de los Seguros Sociales (IVSS), mientras que otra muestra de la centralización excesiva lo reflejaba que el 45 por ciento de los hospitales públicos se concentraran en el Distrito Federal y el Estado Zulia, pese a que en ambas dependencias sólo se concentrara una cuarta parte de la población nacional. Hace diez años, al hacer un balance, la revista sostenía que el lema de salud para todos era, sencillamente, una quimera.

En tanto, cinco años atrás, en la edición 647, correspondiente a agosto de 2002, *SIC* publicaba un sereno y documentado análisis de Ángel Álvarez sobre la polarización en América Latina, asociada al co-

lapso de la democracia. Al referirse al caso venezolano, en un momento en el cual en el país se vivía con intensidad el conflicto, el autor tomaba elementos del análisis de José E. Molina para caracterizar la situación de los partidos venezolanos de “pluralismo polarizado y desinstitucionalizado”. El sistema político desde los años 90 evidenciaba señales de la ruptura en marcha, con el quiebre de los partidos tradicionales, encaminándose el país a una marcada volatilidad electoral. En el contexto del 2002, el artículo apuntaba que a pesar de esa volatilidad electoral era evidente la consolidación de dos bloques de fuerzas político-ideológicas. Lo más grave, sin embargo, era que los actores políticos más relevantes no se reconocían legitimidad. Para Álvarez la salida a la polarización consistía, en aquel 2002, en que los actores se reconocieran mutuamente, o —por el contrario— romper radicalmente con las reglas del sistema para hacer desaparecer al otro.

Por su parte, en el número 497 de la revista *SIC*, de agosto de 1987, se cuestionaba la “vendetta” que por aquel tiempo sostenían públicamente la Cadena Capriles y el Bloque De Armas. Estos grupos editoriales se acusaban mutuamente de diversos delitos tales como el robo, la corrupción y hasta aberraciones sexuales. La guerra sucia había llegado al extremo de involucrar a periodistas de ambos consorcios mediáticos. Ante tal panorama, actuando con aplomo el Colegio Nacional de Periodistas, cuyo tribunal disciplinario ya había recibido denuncias por la participación de comunicadores en este cruce de señalamientos públicos, hizo un llamado a poner fin a un enfrentamiento “suicida” y nada ejemplar para la sociedad.